

TEXTOS DE UNA POLEMICA ENTRE KRAUSISTAS Y NEO-CATOLICOS EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA⁽¹⁾

J. López ALVAREZ

Sobre el impacto que produjo el movimiento krausista en la Universidad y sociedad hispalense me he ocupado en varias ocasiones, dedicándole mayor extensión en el primer capítulo de mi obra: *Federico de Castro y Fernández (1834-1903), Filósofo e Historiador de la Filosofía*⁽²⁾. En esta obra ya hice alusión a la polémica que hoy presento entre el iniciador y máximo difusor del krausismo en la capital andaluza, D. Federico de Castro, Catedrático de Metafísica y de Historia de España, Decano y Rector en la Universidad de Sevilla, miembro de la Junta Revolucionaria del 68, y el Canónigo de aquella Iglesia Catedral, D. Francisco Mateos-Gago y Fernández, Catedrático y Decano de la Facultad de Teología, amigo personal de Menéndez Pelayo, consejero en Sevilla de Navarro Villoslada, fundador y asíduo colaborador de El Oriente, órgano difusor del pensamiento ultramontano en la capital andaluza y de cuya ideología era su máximo exponente.

La polémica que presento, que yo consideraría como “el bautizo de fuego” del movimiento krausista en Andalucía, debe interpretarse como un trasunto, a escala provincial, de aquella otra que, a nivel nacional, fue conocida como la polémica de los “textos vivos”, suscitada principalmente por los neocatólicos Ortí y Lara y Navarro Villoslada, y que tuvo como favorable vehículo de expresión el rotativo “El pensamiento español”.

(1) El presente Artículo es un resumen de una Comunicación que presenté, en 1982, en Salamanca en el IIIº Seminario de Historia de la Filosofía Española.

(2) Cádiz. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. 1984.

Curiosamente son dos discípulos de D. Federico los que van a mantener una contienda similar con los representantes de las facciones neocolásticas en sus respectivas provincias. Me refiero a la surgida entre el Catedrático del Instituto de E. Media de Badajoz, T. Romero de Castilla y el Canónigo penitenciario Fernández Valbuena⁽³⁾, y la sostenida entre el también Catedrático del Instituto de Cádiz, D. R. Alvarez Espino y el polígrafo gaditano, D. Adolfo de Castro⁽⁴⁾. En el fondo de todos estos enfrentamientos dialécticos es una misma cuestión la que subyace: la hostilidad ideológica que se genera en el campo del catolicismo más integrista ante el avasallador empuje del movimiento krausista.

Si para el krausismo y la intelectualidad liberal del momento “el catolicismo había agotado sus aptitudes para el progreso de la cultura, y constituía un inconveniente, un lastre para la incorporación de España al resto de la Europa más progresiva”⁽⁵⁾ “contra el krausismo se esgrimen las armas del ridículo, de la invectiva de la intrasigencia, y, cuando estas no bastan, se reclama la intervención del poder público para poner coto a una manera de pensar en cuya rápida propagación se barruntan serios peligros para la religión el Estado y la sociedad. La oposición más porfiada la ofrece el grupo llamado *neo-católico*, el cual asume la defensa del catolicismo contra las tendencias secularizantes —cuando no las conceptúa como francamente antieclesiástica o anticlericales— de la democracia liberal”⁽⁶⁾.

De cualquier manera, la polémica que aquí presentamos no difiere sustancialmente de la que se airea en “El pensamiento español” y el insertarla en estas páginas no tiene otra finalidad que la de llamar la atención sobre la necesidad de profundizar en el estudio del movimiento krausista en provincias sin lo cual, pienso, no tendremos una idea adecuada de su impacto en el pensamiento español de la segunda mitad del pasado siglo.

Mas, antes de entrar en el contenido de esta contienda, se impone hacer una doble observación. En primer lugar, que el Discurso leído por el Profesor Castro —objeto de la réplica del Canónigo—, se ha perdido como tantos otros manuscritos del filósofo. Según esto, las ideas que en el

(3) Véase al respecto, Pecellín Lancharro, M. “Católico y/o krausista: Disputa con Fernández Valbuena” en *El krausismo en Badajoz: Tomás Romero de Castilla*. Cáceres. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura. Editora Regional de Extremadura. Consejería de Educación y Cultura. 1987. Págs. 245 y ss.

(4) Véase mi artículo: “El krausismo en Cádiz: (Notas a un Discurso pronunciado en la Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras)”. En: *Anales de la Universidad de Cádiz*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. N.º 1. 1984. Págs. 185-211.

(5) Jiménez Landi, A. *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. I. Los orígenes*. Madrid. Taurus. 1973. Pág. 67.

(6) López Morillas. J. *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*. Madrid. Fondo de Cultura Económica. 1980. Pág. 181.

mimo expuso las conocemos através del testimonio de su propio adversario. En cuanto al Discurso de éste⁽⁷⁾, nos advierte el propio Mateos-Gago que es "el Discurso que leí, no según yo lo había escrito, sino según me lo permitió la censura que destrozó en muchas partes el original... (el cual) yo siento no poderlo exhibir al público según lo trabajé... por haberlo extraviado uno de los muchos curiosos que entonces quisieron leerlo"⁽⁸⁾.

En otro momento de su Contestación, Mateos-Gago nos refiere que Federico de Castro, "la sibila del krausismo", la "espada tudesca de finísimo temple"⁽⁹⁾, se dedicó en su Discurso a "echar sobre la ignorancia popular un diluvio de bellas palabras... los horrores de la Inquisición, la riqueza y los vicios del clero, la pobreza y las virtudes del pueblo, la tiranía del derecho divino, la anulación de la personalidad humana, los sudores del pobre para mantener la crapulosa vida del opulento... y que tan espantoso cuadro termine con el sañudo entrecejo y la torva mirada del iracundo y tenebroso Felipe II, y que reciba toda su animación de la Teología católica" que desplegó su fecunda actividad con "el estruendo de las armas y el fragor de los combates"... "Bellísimo compendio" —añade el orador— es este de los estudios históricos de esa escuela a que me refiero..."; con esta clase de hermeneútica "basta para que los gacetilleros y sabios de café penetren los más íntimos secretos y leyes más abstractas de la Filosofía de la Historia. Esa es la historia que enseña el racionalismo... prueba que aún vive en los profesores de nuestras Escuelas el mal gusto del volterianismo"⁽¹⁰⁾.

Durante su Discurso —advierte el Teólogo— el Sr. Castro volvía la cara hacia sus discípulos, "la comisión de aplausos", agrupados junto a la Cátedra y cambiaba con ellos risas y miradas de satisfacción"⁽¹¹⁾. También nos informa el eclesiástico de la presencia en el acto de una media docena de seguidores, todos ellos dispuestos a digerir abiertamente aquel "pasto natural y abundante de la famosa Ciencia Alemana"⁽¹²⁾.

No tenemos muchas más noticias del contenido del Discurso del profesor krausista pero sí de la defensa que de la Teología Católica llevó a cabo el ultramontano, así como de los motivos que le impulsaron a su intervención a la que, sin corresponderle, se ofreció "sin más objeto que tener

(7) "Discurso Inaugural para el Curso de 1865 a 66 leído en la Solemne apertura de estudios de la Universidad Literaria de Sevilla el día 14 de enero de 1866". En Mateos-Gago y Fernández, F. *Colección de Opúsculos*. Sevilla. Imprenta y Librería de D. Antonio Izquierdo. T.I. Págs. 31 a 79.

(8) *Ibid.* Pág. 33.

(9) "Un anuncio y un juicio crítico". En Mateos-Gago y Fernández, F. *Colección de Opúsculos*. T. II. 1877. Págs. 423 y 467.

(10) "Discurso Inaugural".

(11) "Discurso Inaugural".

(12) "Discurso Inaugural".

la satisfacción de contestar al Sr. Castro en su misma presencia... contra la palabrería insultante con que el joven krausista faltaba... a la verdad”, y esto, a pesar de que en el mismo acto académico el discípulo de Sanz del Río había sido ya atacado por el cousiniano Fernández Espino con tal acritud que “no salió muy airoso de su primera batalla, y no volvió por otra”⁽¹³⁾.

No cabe duda que el Discurso del racionalista sirvió de revulsivo no sólo ante aquel Claustro Universitario, reunido en la Facultad de Teología, sino también ante un amplio espectro de la sociedad sevillana. En cuanto a lo primero, es el mismo Mateos-Gago el que nos comenta: “al entrar en nuestro Claustro el joven Catedrático D. Federico de Castro, primer krausista que nos enviaron de Madrid el difunto Sanz del Río y compañía, quebrantó con su intemperancia la santa paz y buena armonía que hubo siempre entre los profesores. Dícese —añade— que traía para ello instrucciones especiales de los jefes de la secta”⁽¹⁴⁾. Por lo que se refiere al “escándalo” provocado en ciertos sectores de la sociedad, en un artículo aparecido en el periódico “La Revolución Española” acusando al Canónigo de provocar los enfrentamientos en la Facultad con su célebre Discurso, contesta éste: “todo el mundo sabe... que aquel discurso mío fue contestación que dio la Facultad de Teología a los insultos que recibió cuatro meses antes y en aquella misma cátedra de parte del iniciador de las pugnas en nuestra escuela... el joven catedrático D. Federico de Castro”⁽¹⁵⁾.

Según el apologista, tales insultos, provenientes de esa “turba de falsos testigos y viles sayones”, se reducían a acusar a la Teología católica “de profanadora y enemiga de la ciencia y del progreso”; de encubridora “con fúnebre crespón” del foco de las luces; culpable de los extravíos del Renacimiento y de las épocas que han seguido. Ante tales acusaciones, el canónigo sevillano se va a limitar simplemente, según propia confesión, a presentar “una muy reducida tabla sinóptica de las grandezas del Renacimiento... grandezas de nuestra España” y probar, de esta manera, “que la Teología Española principalmente en la época del Renacimiento fue la madre de las ciencias”.

Presenta Mateos-Gago una lección inaugural en la que, aproximadamente la mitad dedica al propósito arriba indicado, y la otra mitad, como veremos, a insultar sin pudor alguno, a sus adversarios, a abjurar del moderno racionalismo y a condenar sin contemplaciones la política imperante, producto de la Revolución del 68.

(13) “Los Caballeros católicos alquilones”. En Mateos-Gago y Fernández, F. *Colección de Opúsculos*. T.I. (2.º Cuadernos). Págs. 179, Nota 2.

(14) *Ibid.* Págs. 178-9. Nota 2.

(15) *Ibid.* (Todas las citas o frases entrecomilladas que siguen pertenecen al Discurso Inaugural ya citado).

Los escasos límites que me imponen para esta colaboración no me permiten exponer en toda su amplitud esa tabla sinóptica de las grandezas de la Teología que presenta el neocatólico andaluz. Pero sí me voy a permitir resaltar algunas ideas expresadas en este discurso como paradigma de aquella hostilidad de los sectores ultramontanos hacia el movimiento krausista y que vienen a corroborar lo que, hace un momento, nos recordaba López Morillas. Las siguientes palabras son citas textuales pronunciadas en aquella solemne sesión:

“Permitid os digo que... un teólogo que ha procurado iniciarse en las ciencias profanas lo preciso y no más, para no dejarse suspender de vuestro charlatanismo... pague un tributo de justa admiración al verdadero progreso y rechace a nombre de la Iglesia Católica las miserables calumnias que no os avergonzáis copiar de la ignorante malicia del Protestantismo. No; la Teología Católica no condena, ni condenó jamás el verdadero progreso, antes bien lo estimula saludando con alborozo cada nuevo invento”; durante la época del Renacimiento “la misericordia del Señor nos libró por entonces de ese monstruo (las ciencias), y los Reyes Católicos y D. Carlos V y D. Felipe II, sobre todos, lograron su empeño de que el racionalismo no estorbara en nuestra patria el gran progreso de la civilización católica... mientras la Teología española con la extranjera fundaba todas las Universidades de Europa”, “todos los Colegios, todas las Bibliotecas del Reino”. No contentándose “aquellos teólogos con levantar la ciencia en su patria..., extendían por toda Europa los torrentes de luz que irradiaban nuestros centros universitarios”.

Y comparando aquella “esplendorosa” época, en la que la Monarquía católica nos liberó del monstruo racionalista, con la actual, dirigida por los apóstoles de la nueva ciencia, continúa su disertación en unos términos que nos recuerdan bastante otros emitidos por su correligionario, el “Polígrafo santanderino”, cuando enfatiza: “¡Qué diferencia, Ilmo. Sr., entre aquellos tiempos y los nuestros! Hoy que la filosofía pretende dirigir el movimiento científico, vamos detrás de todas las naciones de Europa. Cuando un sistema se desacredita en el extranjero, entonces empieza a inocularse en España...; si los alemanes se ríen del krausismo y lo arrojan con deshonra de su patria, abrimos nuestras puertas al krausismo, y le damos carta de naturaleza, porque el huésped educado en gabacho, no pueda acomodarse al habla de Castilla”.

“Comparad, pues —prosigue Mateos-Gago con su peculiar “defensa” de la Teología— aquellos inmutables Maestros de la Teología con esos miserables filosofastros y aprendices políticos de hoy: con esos aduladores sentimentales de las miserias del pueblo de que se burlan; con esos maestros de iniquidad (“modernos cafres”, “gacetilleros y sabios de café”, “soñadores elegantes, bellos genios del cuento y la novela) que desarrollan las pasiones populares y siembran los oídos más rencorosos, para traer sobre

España días de luto, prometiendo realizar mentidas utopías, en medio de horribles convulsiones y de diluvios de inocentes sangre española... Aquellas generaciones educadas por la Teología eran nobles y leales: la hidalguía era el carácter distintivo de nuestro pueblo. Hoy al contrario, vivimos en medio de traidores y desleales perjuros; la felonía está de moda, y por ella se llega a los primeros puestos. Entonces dábamos la ley al mundo... pero hoy somos las burlas de las gentes”.

Por todo esto “yo me avergüenzo —continúa— de ese ridículo y pueril extrajerismo que anima en todas las cuestiones a los Apóstoles de la nueva ciencia”; “quiero protestar contra la vieja impiedad y la torpe blasfemia que corren por esa Europa con la ridícula máscara de Progreso y Espíritu del Siglo”. Y señalando hacia el estrado en el que se encontraba Federico de Castro, puntualiza: por lo cual “la Teología se coloca resistiendo ese diluvio de mortíferos vapores que nos vienen de la Germania”, y “que en la actualidad enloquecen a tantas cabezas... enfrente de esos bárbaros del Norte” ...”de esa turba de falsos filósofos, de abigarrados sofistas, sin Dios, ni religión... mintiendo un cristianismo vergonzante”... revistiéndose de “formas cristianas para tomar plaza en las nuevas generaciones para combatir la verdad católica”.

La Teología, por tanto, según sus palabras, debe desenmascarar y luchar contra esos “testigos falsos, y el filosofismo y la baja política y una parte de la prensa periódica (que) se disputan la gloria de exterminar del mundo la grande obra de Jesucristo. Y aludiendo a D. Fernando de Castro, confiesa: “para mí no hay tipo más asqueroso que el de esos españoles que, gracias a algún fraile, han logrado subir a los primeros puestos, para maldecir desde allí del clero y de los religiosos a quienes deben sus carreras”:

Abordando en otro lugar otras cuestiones, prosigue infatigable martilleando cuando asegura: los defensores de esa “asquerosa ciencia” “que se llama moderna” porque ha declarado a “la razón único criterio de la verdad” se han convertido en “destractores de la escolástica... sin tomarse el trabajo de averiguar antes qué cosa sea la Escolástica”, aduciendo que la Teología Católica” está plagada de palabras bárbaras, de sutiles distinciones y subdistinciones”. Pero, se pregunta el orador, ¿no habría que decir “otro tanto del nuevo escolasticismo?... ¿Qué significa si no ese escolasticismo germánico de lo objetivo y subjetivo, de Psicología y Ontología: esa facultad de conocer distinta del acto del conocimiento; esa facultad de pensar separada de todo pensamiento: esa ecuación entre el entendimiento y el objeto; ...ese buscar a la razón en Dios y no a Dios en la razón, etc.? “Lo que hay en toda esta cuestión —concluye— es una grande ignorancia, un lamentable y orgulloso desprecio de lo antiguo y muchas preocupaciones indignas de hombres de letras”.

Y concluída su defensa, se pregunta, devolviendo la pelota a su enemigo, “qué ha hecho en nuestros días el racionalismo en España? El racionalismo —contesta— ha relajado los vínculos de la familia;... se burla del dogma cristiano y ridiculiza la moral del evangelio afectando respetarla: el racionalismo ha petrificado el corazón del rico estimulando su negra avaricia, al mismo tiempo que ha inflamado las pasiones ambiciosas del pobre, preparando así a nuestra patria días de luto y amarga desolación: él no reza, pero maldice y blasfema; no da limosna, pero enseña al pobre los tesoros del rico, entregándoles su llave en la punta de aguzados puñales”.

Y refiriéndose a las enseñanzas iniciadas por estos novatores cara a la sociedad, continúa: “No conozco más obra del racionalismo en favor del pueblo, que la fundación de casinos de artesanos que por todas partes se multiplican. En ellos aprende el pobre ilusorios derechos, olvidando por supuesto sus deberes: allí aprende el artesano a tomar café y a malgastar el jornal del día; habla de política y de Religión y se va acostumbrando poco a poco a arreglar y componer el mundo. Allí por último el pobre artesano se recuesta en lujosas butacas y mullidos sofás, para que al llegar a su casa le repugne el aspecto de sus desvencijados muebles, le hastien sus hambrientos hijos y hasta le apeste el aliento de su infeliz mujer”.

“Sabios Maestros —concluye— no hay más enseñanza que la católica o la racionalista. El racionalismo se gloria de que en sus cátedras está la ciencia a mucha altura. Quiera Dios librarnos del racionalismo”. Y dirigiéndose a la juventud allí reunida, les advierte: se “os dirá que sois nobles y generosos, que vuestros pensamientos son levantados, que sois, en una palabra, la ilustrada juventud del XIX. Pero... por muy alto que raye vuestra ciencia, poco haréis de provecho ni para la patria, ni para la familia, ni para vosotros mismos, si no procuráis ilustrar vuestros entendimientos con la luz de la verdad católica”.

A nivel oficial, no consta que hubiera contrarréplica por parte del Jefe de la Escuela krausista sevillana al Discurso del paladín del neocatolismo en esta misma ciudad; ya oímos decir a éste hace un momento que, ante el fracaso de su primera batalla, “no volvió por otra”. Esto no debe extrañarnos si tenemos una leve idea sobre la historia del origen y desarrollo del movimiento krausista en España, en la que, después de una primera etapa de exaltación, intransigencia, proselitismo intemperante, sucedió una segunda de meditación y diálogo sosegado, trastocando aquella inicial actitud de violenta por un comportamiento más en consonancia con su “armonismo” filosófico-político.

Debió ser esta, sin duda, el estilo adoptado por D. Federico de Castro que, como sabemos, fue uno de los pocos discípulos de Sanz del Río que permaneció fiel a la más pura ortodoxia krausista hasta los últimos días de su vida. Para este reducido número de fieles seguidores y como nos

recuerda Pierre Jobit, “toda cuestión política significaba... una cuestión moral, y por tanto una cuestión de educación”. Es precisamente en este contexto en el que, a pesar de los insultos recibidos años atrás, podemos entender la actitud del profesor krausista en el momento de evocar la figura de su adversario, recientemente fallecido, ante el Claustro universitario.

En efecto, Castro pronunció el Discurso de Apertura del Curso Académico 1891-92 en la Universidad hispalense que versó sobre la filosofía andaluza⁽¹⁶⁾. En el preámbulo, dado el reciente fallecimiento del Catedrático Mateos-Gago, Federico de Castro se propone, “cumpliendo un deber piadoso”, diseñar la figura de su adversario en el que caben resaltar “tantas y tan excelentes dotes”. Sin duda, esta iniciativa reconciliadora del krausista debió provocar ciertos recelos en algunos sectores del Claustro pues, como el propio orador advierte, es consciente de antemano que su actitud no podrá por menos de “provocar vuestra sonrisa y mi sonrojo... al pasar por la boca de un adversario... Si esas bóvedas pudieran recordar sus ecos —reconoce Castro—, repetirían ahora nuestras opuestas opiniones... aquellas ¡nobilísimas batallas del pensamiento en que las heridas curan y el vencido gana!”. Y después de dar por sentado que, en algún momento, ninguno de los dos abjuró “mentirosa y cobardemente” de lo que su conciencia le dictaba, resalta la figura de su adversario ideológico en los siguientes términos que, elocuentes en sí mismos, ahorran cualquier tipo de comentarios.

“Era el Dr. D. Francisco Mateos Gago —escribe Castro— ejemplar del sacerdote ilustrado, genuinamente español, en quien felizmente se aunaban la razonada sumisión del tomista y la independencia del místico”; en su vida nunca tuvo lugar la ambición y, por el contrario, “reclamó siempre el primer puesto, que los más obligados abandonaban, en los días de aflicción y de peligro”. “Quién no recuerda —continúa— sus heroicos hechos en el último cólera? Sacerdote, acudió al servicio espiritual, viniendo en auxilio de su pobre párroco sexagenario...; ciudadano, organizó el servicio de sanidad y beneficencia, llevando de casa en casa consue- los materiales y espirituales en días sin descanso y noches sin sueño, siendo... en aquella universal tribulación, médico, sacerdote y enfermero. ¿Qué importa que los políticos —afirma curiosamente el krausista— no premiaran aún a su despecho, servicios semejantes? El galardón que le negaron, la gratitud de Sevilla entera se lo conceda por mi boca enemiga”.

(16) *Discurso leído en la apertura del año académico de 1891 a 1892 en la Universidad Literaria de Sevilla* por el Dr. D. Federico de Castro y Fernández, Catedrático de Metafísica. Sevilla. Imp. calle Almudena. 1891. Especialmente Págs. 6-10 a las que pertenecen las citas que siguen.

Refiriéndose a su ideología y al olvido que, incluso de los suyos recibió, escribe: “adalid el más esforzado de las doctrinas y de los privilegios de la Iglesia, ni solicitó ni obtuvo ninguna dignidad eclesiástica; campeón el más valiente de la antigua monarquía, no mereció a los gobiernos distinción alguna, por más que las tesis que sustentara se miraran durante toda su vida, muchas veces con favor, casi siempre con agrado”.

Las “batallas dialécticas del infatigable polemista contra los enemigos de la Iglesia” las recuerda Castro ante su auditorio acentuando aquel “estilo” que con “sus aciertos y sus lunares, tiene muy cercano parentesco con los de Albarado y el autor de la ‘falsa filosofía’, la misma erudición sólida, algo a la antigua; la misma lógica implacable, hasta cruel; la misma habilidad para desviar al enemigo de los puntos flacos con las artes escolásticas;... ¿Quién aún de los más opuestos —pregunta el orador— no ha escuchado con complacencia los golpes de aquel martillo triturador, de esa ciencia de mírame y no me toques...?”

Con un reconocimiento a sus investigaciones histórico-arqueológicas, pues “todo el que en adelante se ocupe seriamente de la Historia y de la Arqueología patrias, ha de tomar en cuenta sus inducciones y sus descubrimientos”; con un tributo “al celoso maestro, que agobiado por la fatiga de una enfermedad, que casi ni articular le permitía, se hacía conducir a la cátedra diariamente”, finaliza el krausista la semblanza de su gran rival D. Francisco Mateos-Gago.

Concluyo aquí mi colaboración que aunque, por los motivos que antes indiqué, no he podido exponer en toda su extensión y complejidad, creo que es lo suficientemente elocuente como para hacernos una idea del ambiente que se respiraba en la Universidad sevillana ante estas polémicas suscitadas entre los sectores intelectuales más reaccionarios, representados en nuestro caso, por el líder de los neocatólicos, el Canónigo D. Francisco Mateos-Gago, y los más liberales liderados, como hemos visto, por el Catedrático krausista D. Federico de Castro. Como a principios advertí, estas confrontaciones ideológicas entre ambas facciones fueron una constante en la España de la segunda mitad del XIX, las cuales, además de ser sintomáticas de unas desavenencias doctrinales, también son elocuentes en otro sentido pues si “revelan en los krausistas españoles una profunda enemistad frente al catolicismo romano, también es verdad que sus críticas están siempre impregnadas de un respeto, de una mesura, que están ausentes radicalmente en las que formulan sus adversarios”⁽¹⁷⁾.

(17) Jobit, P. *Les Educateurs de l'Espagne Contemporaine. I. Les krausistes*. París. E. de Brochard. Ed. (Bibliothèque de L'Ecole des Hautes études hispaniques). 1936. Pág. 213.